

La verdadera disyuntiva

Por Jaime Guzmán

Hay dos posiciones básicas radicalmente diversas frente a nuestra transición hacia la plena democracia.

La primera es la de quienes pretenden que ella se realice desestabilizando al actual Gobierno, en busca de su más pronto y abrupto término posible.

En esa línea se inscribe la "movilización social" que promueven los conglomerados opositores, cuyo propósito abiertamente confesado consiste en generar un cuadro que haga "ingobernable" el país para las Fuerzas Armadas y de Orden.

Pienso que de prosperar dicha estrategia, seríamos arrastrados a una creciente violencia y anarquía, ya que tales "movilizaciones sociales" -aunque se convoquen como pacíficas- inevitablemente se prestan para ser utilizadas por los sectores marxistas que han asumido la "vía violenta" y terrorista en su lucha contra el actual Gobierno. La experiencia al respecto resulta ya más que elocuente.

Lo expuesto cobra aún mayor gravedad si se repara en que algunos de los partidos integrantes del denominado "Acuerdo Nacional" no descartan -e incluso pactan expresamente- acciones conjuntas con el MDP, que incluye, entre otros, al Partido Comunista y al MIR.

¿Cómo explicarse que quienes dicen repudiar la violencia, busquen concomitancias políticas con quienes la propician oficialmente?

Y peor aún, ¿cómo entender que se afirme abogar por la democra-



cia en conjunto con quienes sustentan el marxismo-leninismo, doctrina totalitaria esencialmente opuesta a la democracia occidental?

El camino descrito no resulta así idóneo para avanzar hacia la plenitud democrática.

La segunda alternativa está representada por quienes estamos convencidos de que sólo podremos transitar hacia una democracia plena y estable, conforme a los marcos básicos de la Constitución de 1980.

Y aunque esas orientaciones fundamentales se refieren más bien al articulado permanente de la Constitución, está claro que ellas incluyen como elemento intranstable para nuestros institutos armados, el respeto al plazo establecido para el término del régimen militar. En ello se juega para los uniformados chilenos la decisiva diferencia entre una culminación y una rendición. Y los soldados chilenos no se han rendido jamás.

Comprender esto con realismo, debiera inducir a la gran mayoría ciudadana a preferir el segundo camino descrito. Ello requiere -eso sí- que el Gobierno actúe con coherencia y dinamismo suficientes para infundir sólida confianza -y disipar toda razonable desconfianza- de que realmente se encamina hacia el leal e íntegro cumplimiento de las metas constitucionales para conducirnos a la plena democracia. Sólo dilaciones o equívocos que erosionen esa confianza favorecerían el camino del rupturismo hasta límites peligrosos.